

UNA  
NOTA  
DE  
**Alegría**



Un juego de toallas TROVADOR ayuda a "hacer ambiente" y hay muchos juegos en todos los colores de gran moda, lisos o de fantasía.

**TOALLAS**

**trovador**

PRACTICAS  
BONITAS  
ELEGANTES

INDUSTRIAS MARTI TORMO, S. A.



**TEATRO**

por  
**gonzalo torrente ballester**

## LOS ESTRENOS DE PASCUA

**L**OPE de Vega sigue ganando batallas después de muerto, y a los autores actuales no parece importarles demasiado su rivalidad. Por las razones que sean, el domingo de Resurrección trajo consigo tres estrenos, sólo tres; o, apurando las precisiones, dos, porque «Los melindres de Belisa» no lo es propiamente. En el Lara, una adaptación, hecha por Juan Ignacio Luca de Tena, de una novela de Mercedes Ballesteros. En el Valle Inclán, la primera comedia de Antonio D. Olano, con curioso reparto. «Las chicas del taller» —así se titula la adaptación de Luca de Tena— fue aplaudida por los que se complacen en ver que los conflictos escénicos no exceden las esferas estrictamente privadas y hallan siempre cabal solución. El señor Luca de Tena posee el oficio suficiente para que la materia novelesca de Mercedes Ballesteros pase a los escenarios con todas las garantías. Reforzadas, esto es lo cierto, por la pericia de Manuel Dicenta, que se encargó de la dirección.

Impericia de novel y de dirección desacertada son las características dominantes del estreno de Antonio Olano, en cuya comedia, «Tercera división» advertimos la influencia mezclada de Paso y Mihura, gracia en frases, sentido de la agilidad teatral, mezcladas a la falta de oficio natural en un autor joven que ve su comedia representada por vez primera. Así, escenas bastante largas —sobre todo en el primer acto—, y general deslavazamiento en el desarrollo, con buenos momentos teatrales, con sentido del humor, con ternura... y con excesivas, innecesarias menciones de cosas y personas actuales. Es de suponer que, a la vista de la representación, comprenda Olano qué debe cultivar y qué debe evitar. El director de escena no acertó a darle la agilidad requerida por el texto, y la interpretación fue bastante desigual. Mencionemos, sin embargo, la más afortunada de Ana Esmeralda (aplaudida en un baile y en un mutis), Marta Padovan y Jorge Vico. La escenografía de Lucía Bosé, interesante en su orientación y acertada en el decorado del segundo acto.

«Los melindres de Belisa» es una comedia deliciosa, hecha de nada... y de un gran arte teatral. La nimiedad del tema, el convencionalismo de los personajes, la trivialidad de la acción —todo lo que es «nada»— no impidieron a Lope derrochar habilidad y poesía, ingredientes que, a primera vista,

parecen difíciles de casar, pero que Lope ofrece sabiamente maridados, hasta el punto de ser «Los melindres...» una de sus comedias mejor construidas y más divertidas. Asombra la gracia, la galanura, la naturalidad del verso; la oportunidad de sus artificiosidades (como el soneto en esdrújulos); la belleza y autenticidad de algunos momentos líricos perfectamente, sapientísimamente incluidos en el desarrollo dramático, como el romancillo «Madre, la mi madre...», del que no sabemos qué alabar más, si sus fabulosas cualidades líricas o su eficacia teatral. Luego, ese lenguaje, fresco, expresivo, libérrimo, en el que pueden decirse las mayores inconveniencias y las más donosas desvergüenzas sin que los púdicos oídos de las burguesas actuales (y de algunos burgueses) se sientan ofendidos.

¿Es mucho decir que «Los melindres de Belisa» hizo reír al público tanto como las más afortunadas piezas cómicas modernas? ¿Es bastante reconocer sin reparos el triunfo de Lope, autor al que solemos hacérselos? (Y no, esta es la verdad, de índole dramática.)

Digamos, para terminar, que las limpias, juveniles, bellísimas voces de Berta Riaza y de Julieta Serrano, contribuyeron al éxito. Puestas a jugar, jugaron con arte, con destreza, y hallaron cabal réplica en María Luisa Ponte y Ricardo Lucía, en Conchita Conde y Antonio Medina. La circunstancia de que la comedia distribuya equitativamente la importancia de los protagonistas nos permitió asistir al raro espectáculo (entre nosotros) de una interpretación equilibrada, sin divismos, en la que el elogio corresponde a todos los actores. Lucía actuó también de director, y, por las muestras, sabe este segundo oficio mejor quizá que el primero. Los decorados, de Ricart, preciosos.

Este es, el lunes por la tarde, el resumen del domingo pascual. La semana traerá, al parecer, novedades relativas. Ninguna de autor español, ninguna de gran empeño. Habremos de esperar unos días más a ver qué sucede con ese «Señor Mississippi» que se anuncia. Y con «La tempestad» shakespeariana, de estreno también diferido.

Preguntamos a dónde va el público. Nos dicen que a las comedias de Marceau, que continúan en el cartel. Habrá que preguntarse por qué.